



JULIO CORTÁZAR.

JACK EL DESTRIPIADOR de JULIO CORTÁZAR

A Julio Cortázar le habrá divertido la última historia acerca de Jack el Destripador —Jack the Ripper—, el minucioso, versificador, implacable asesino de prostitutas en el Londres victoriano: se han esparcido rumores póstumos —cien años después— de que el nunca conocido ni capturado asesino era Eduardo, duque de Clarence, nieto de la propia Reina Victoria, hermano mayor de Jorge V, heredero del trono de Inglaterra. Lo ha contado el «Sunday Times», sobre un texto del doctor Stowell en «Criminologist», dando datos velados de la verdadera personalidad del asesino, que han permanecido durante más de medio siglo en su familia. El palacio de Buckingham lo ha desmentido diciendo que el rumor «era demasiado ridículo y absurdo para comentarlo». Y hay viejos documen-

tos que aseguran que el duque de Clarence estaba fuera de Londres cuando algunos de los asesinatos se cometieron.

Ocurrió hace más de cien años, en el East End, de Londres. La ciudad era un hervidero de prostitución. Lo contaba un viajero de entonces, Hipólito Taine: «Cada cien pasos tropieza uno con veinte prostitutas. Algunas piden un vaso de ginebra, otras dicen: "Señor, es para pagar mi cuarto". No es el libertinaje lo que se ostenta, sino el desamparo. ¡Qué desamparo! La deplorable procesión en la sombra de las calles monumentales ¡es nauseabunda, me parece una procesión macabra. Esto es una mancha de infección de la sociedad inglesa». Lo versificaba un poeta:

«A través de las calles oigo
cómo el juramento de la joven
[prostituta

quema las lágrimas de un niño
[recién nacido
y, como una plaga, convierte en
[fúnebre el coche nupcial».

Mientras, reinaba en torno el puritanismo oficial de la Reina Victoria, la enorme riqueza del imperio creciente: a los «docks» de Londres llegaban los barcos cargados de enormes riquezas. La prostitución nacía de la misma entraña del puritanismo: la nutría la muchacha que «había pecado» y era expulsada del hogar de sus padres, renegaba de la sociedad. La nutría el puritanismo; la necesidad sexual del hombre, cercado por todas partes, en cualquier caso casado con una matrona fría, recubierta de terribles camisones nocturnos. Salía de la pobreza creada por la riqueza: de las gentes sin trabajo por los talleres mecánicos. El puritanismo ar-

mó, quizá, el brazo del irónico vengador de la sociedad maculada por estas desgraciadas. Jack el Destripador era un excelente criminal puritano, quizá el mismo vengador de su propia tortura carnal en el vientre deseado y pecaminoso, quizá víctima de la sífilis...

Las excelentes páginas de Julio Cortázar discurren sobre este tema del Destripador. Están contenidas en su libro «La vuelta al día en ochenta mundos», hasta ahora distanciado por una edición demasiado cara, editado ahora —con perfecta estética, con cuidado— en edición de bolsillo —dos volúmenes— por Siglo XXI de España, Editores, Sociedad Anónima. Son estos encantables editores los que nos autorizan la reproducción de este fragmento antológico de Cortázar, el «Jack the Ripper blues».

Jack the Ripper blues

I've no time to tell you how
I came to be a killer,
But you should know, as time will show,
That I'm a society's pillar.

De un poema enviado por Jack a un periódico londinense, 1888.

SOBRE las cartas y los poemas atribuidos a Jack en la época de los asesinatos se discute todavía en su patria, tierra feliz para la que no existe el tiempo cuando se trata de combinar el placer con la solución de un enigma. Como el agua y la sed se inventan mutuamente, no sorprenderá que Gran Bretaña haya producido algunos de los más memorables misterios de la Historia junto con los más arduos esfuerzos para resolverlos. ¿Quién fue Shakespeare? ¿Quién Jack the Ripper?

Los argentinos podemos estar contentos: Jack murió en Buenos Aires. Por su parte, los rusos no ocultarían su satisfacción si pudieran sustituir la frase anterior por esta otra: Jack murió en San Petersburgo. **Last but not least**, los ingleses sonríen amablemente: Jack murió en su patria, puesto que era nada menos que el médico de la Reina Victoria. Como se ve, esto se parece bastante a las tres cabezas auténticas de San Juan Bautista que decoran considerablemente otras tantas iglesias de Italia. Desecho sin vacilar la teoría fomentada por el oro de Moscú y esgrimida por William Le Queux, según la cual el Ripper era un tal Pedachenko, psicópata distinguido que la Okrana había enviado a Londres para fastidiar y desacreditar a la Policía inglesa. En efecto, aunque siempre he temblado ante la sospechosa actitud de los rusos para dominar las lenguas extranjeras, sin duda como primer paso hacia la dominación de todo el resto, no veo a ningún Pedachenko capaz de escribir, entre uno y otro asesinato, esta poemita, del que se podrá decir cualquier cosa menos que no es **cockney**:

I'm not a butcher,
I'm not a Yid,
Nor yet a foreign skipper,
But I'm your own light-hearted friend,
Yours truly, Jack the Ripper.

Lamento que Charles Franklin, que me secunda en esta desdenosa eliminación de la teoría eslavo-vófila, se muestre igualmente escéptico con respecto al médico de la gorda soberana y, sobre todo, que no parezca comprender la grandeza de la teoría argentina. Por lo pronto, eliminar así no más al médico de la gorda revela poco

sentido de las esquinas peligrosas, como les hubiera llamado Priestley, de esos «if...» que hubieran podido transformar quizá bellamente la Historia a partir de la nariz de Cleopatra. Basta imaginar a Jack cumpliendo en tan vasto y real campo operatorio lo que modestamente debió conformarse con hacerle a Mary Kelly, y que para protección de personas impresionables resume en nota cabeza abajo (1). El ejercicio imaginativo (usted ya habrá leído la nota, porque no se cree una persona impresionable) se ve favorecido si se piensa en la famosa fotografía de la Reina Victoria a caballo y la otra en que tiene por la brida al mismo animal, que no se sabe cómo ha podido sobrevivir al paseo. Frente a tales documentos, es fácil comprender que Jack trepidara, pero aquí estamos perdiendo el tiempo, porque jamás he creído en esa teoría; no en vano soy argentino, y la hipótesis de Leonard Mathers (1) es la que halaga mis mejores sentimientos. Así, aunque siempre sostendré que el Ripper era un cirujano (pues de sus calificaciones profesionales no se dudó nunca, y los documentos disponibles prueban que todas las mutilaciones fueron practicadas con un profundo conocimiento de la anatomía y del manejo del bisturí), apoyaré con perseverancia a los que después de desear a vagos anarquistas eslavos y a médicos reales se inclinan con el debido respeto ante el doctor Stanley, fallecido a fines del siglo en la ciudad de Buenos Aires después de confesar la saga sangrienta a una familia dividida entre la estupefacción y la patalata.

Si estoy convencido de que el doctor Stanley era el Ripper, ignoro, en cambio, las razones de su exilio en la Argentina, a menos de imaginarlo como una especie de contrapartida simétrica de Juan Manuel de Rosas. En este plano de espejos y de repeticiones fuera del tiempo histórico, hay otro elemento que apoya la teoría. Franklin sostiene que Stanley qui-

so vengar a su hijo, a quien Mary Kelly había confiado una considerable sífilis años antes de su metódico fraccionamiento. Quizá para irse haciendo la mano o porque confundía a las chicas que debían parecerse mucho con esas capotitas y esos faroles de gas. Jack sólo llegó tras una larga práctica a Mary Kelly, y con ella cerró la serie, probando por lo menos que la venganza quedaba cumplida y que el resto podía convertirse en historia argentina, como ya ha pasado con tantas cosas inglesas. Ahora bien, en su estudio sobre el caso, Franklin aduce con su habitual ligereza que la teoría está llena de agujeros, empezando porque Mary Kelly no sufría de sífilis. No seré yo quien acuse a esa nena de un mal que quizá no padecía, pero la experiencia me enseña, como debió enseñarle a Franklin, que cualquier alusión más o menos ilustre a la sífilis es cuidadosamente disimulada apenas entra en juego Buenos Aires; de Pedro de Mendoza, primer fundador de esta laboriosa ciudad, los manuales de Historia decían pódicamente «que estaba ya muy enfermo» al llegar al Río de la Plata, cuando la verdad es que las francachelas del saco de Roma los habían puesto en las mismas condiciones que al hijo del doctor Stanley. Creo dejar así bastante pulverizada la argumentación anglófila de Franklin.

¡Ah!, cómo me gustaría saber de la vida de Jack en Buenos Aires, si alguna vez salía de eso que llamaban «la colonia inglesa», y que en realidad venía a ser exactamente lo contrario, para darse una vuelta por el barrio Sur o bajar hasta la recova, donde los olores y algunas caras podían recordarle Whitechapel y Spitalfields. A lo mejor algún malevo se burló de su acento en el mostrador de un cafetín, a lo mejor le curó el hígado a alguno de mis tíos abuelos. ¿Por qué la tengo afecto a Jack? Hace rato que una señora me está acusando sotovocho de mal gusto, quizá porque la notita *supra* la dejó más bien *infra*. Vea, señora, en primer lugar, yo hice lo necesario para que no la leyera, pero, además, lo que a usted le molesta verdaderamente es que se hable con tanto desenfado de la Reina Victoria, y por eso le voy a explicar por qué le tengo más afecto a Jack y a Mary Kelly que a la gloriosa soberana. En la idea figurada que me hago de un mundo mejor, Jack había venido a la Tierra para destripar a la Reina. Cuando digo Jack, cuando digo Reina, quizá usted ya me entiende, y si todavía no está claro entérese de que un tal Henry Mayhew, citado por Franklin en su estudio sobre el Ripper, comprobó que en tiempos

de la gloriosa soberana las condiciones de vida en Londres eran tan monstruosas que el número de prostitutas pasaba de ochenta mil. El desempleo, la miseria, el despotismo social, no dejaban a esas mujeres otro reino que el de la ginébra, las enfermedades venéreas o el cuchillo; para una Moll Flanders, ¿cuántas acababan como la Nancy de *Oliver Twist*? Desde luego, los estadígrafos y la mofetuda soberana no se enteraban de nada. Y nada resume mejor el paraíso victoriano que la frase de una de las muchachas del East End, cuando le aconsejaban que cesara de trabajar en la calle para no encontrarse con el Ripper: «Bah, que venga. Cuanto antes mejor para una como yo».

Así, señora, por muy horribles que fueran los crímenes del Ripper, parecen obras de beneficencia frente a este hipócrita genocidio que en tantas partes del mundo está lejos de haber cesado, y por eso, en mi mundo figurado, Jack sigue ahí para destripar a la Reina Victoria, y el poema que puse como epígrafe es irónicamente cierto y Jack es un pilar de la sociedad. En su película sobre Peter Kürten, el francés Robert Hossein vio muy bien el problema: la ciudad de Düsseldorf, que tiembla ante los repetidos asesinatos del vampiro, tolera impasible las palizas de los nazis a los judíos, las primeras destrucciones de bibliotecas, los desfiles de las juventudes hitlerianas. **Voilà, madame.**

Para terminar con las relaciones sospechosas

Hace años imaginé a Jack de una manera más personal, buscando esa cara que ocultaba la probable máscara, y lo dije así:

Jack the Ripper

Como no he conocido la intimidad, como las manos me muestran solamente su comercio con peniques y anillos, y puesto que el día es un lavabo donde flotan pelos, y la noche inalcanzablemente es otra vez el vientre de donde me arrojó mi madre [antes de que nos ahogara la cerveza, necesito este espejo triangular, algo que me hunda en el misterio para después, oculto en niebla [y responsabilidad, mirar su roja nube, lamerla sollozando.

(1) «Lo que Jack había hecho con Mary Kelly horrorizó a los entendidos por lo que ella había hecho con el doctor Stanley. Como un toque final de diabólica sintonía, las ropas de Mary Kelly habrían sido probablemente puestas a los pies de la cama.» (Franklin, op. cit., p. 116.) El signo (?) es mío.

(1) Citada por Franklin, Colin Wilson, etcétera.